

Bendigan mi frente, Eliacim, tus manos.

(Eliacim coloca sus manos sobre la frente de Judith.)

¡ La sangre de Ozías yo la vengaré !

(Se aleja, seguida de Hegla, entre la multitud, arrodillada.)

¡ Adiós, pueblo mío !

(Volviendo el rostro al traspasar la puerta.)

ELIACIM (Arrodillado en la gradería.)

Oremos, oremos.

(Resuenan las arpas y ondean los incensarios.)

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

Judith, con el último rayo de sol, desaparece por la puerta del foro.)

EL PUEBLO

¡ Protege a tu sierva, Señor de Israel !

(Todos inclinan la cabeza. Hasta los centinelas, en los torreones, oran también.)

TELÓN LENTO

FIN DEL ACTO PRIMERO



## ACTO SEGUNDO

La tienda de Holofernes, sostenida por cuatro pilares de bronce, que semejan troncos de palmera, cubierta de pieles de leones, sedas multicolores y fabulosos tapices con escenas bárbaras de guerra y caza. En algunos de ellos se ven los espantosos suplicios a que los asirios sometían a sus prisioneros. En otros, un cortejo real. Batallas. En uno, la imagen de Gildames estrangulando un león. Al fondo de la escena, una enorme y pesada cortina de púrpuras, franjeada de oro. A la izquierda, en primer término, el trono, sostenido por los toros alados, bajo un dosel de seda roja. A la derecha, la entrada de la tienda, oculta por una cortina de púrpura. En la penumbra centellean los reflejos acerrados de las armas y de los arneses. Una amplia alcatifa cubre el pavimento. En los cuatro ángulos de la tienda, cuatro lámparas de oro, y una enorme de tres brazos en el centro. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

HOLOFERNES, RODOPIS, UN COPEROS, cortesanas y esclavos. (Holofernes descansa apoyado en un codo sobre un lecho de púrpura, al lado del trono. Cerca de él, puesto de rodillas, un copero le escancia el vino. Dos esclavas, con ánforas de oro, arrodilladas también, junto al copero. En el centro de la escena las cortesanas tañen arpas y laúdes. Bajo la luz de la lámpara Rodopis canta.)

RODOPIS

(Cantando.)

Amor es niño travieso

que juega con su dolor...

Se adormece con un beso...

¡ Duérmete en mi boca, amor !

HOLOFERNES (A las cortesanas.)

¡Que cesen las músicas!... ¡Escancia más vino!

(Al copero. El copero escancia el vino en una copa de oro. Holofernes bebe de un trago y se vuelve a las cortesanas.)

¡Vuestros cantos sólo pueden alegrar a las cortesanas viejas, que su lino hilan a la roja lumbre del hogar!

¡Entretenimiento de los indolentes, afeminaciones de todo festín!...

¡Para los valientes,

mejor que las arpas resuena el clarín!

Oyéndole, el héroe su broquel abraza

y el corcel relincha. ¡Tan sólo a su son,

bajo la coraza,

estalla de orgullo nuestro corazón!

RODOPIS (Acercándose a Holofernes.)

Mi señor, ¿qué tienes? Si nuestras canciones

no son de tu agrado, podemos danzar...

¡Que la danza aleje tus preocupaciones

y alegren sus giros tu adusto mirar!

(Se disponen a danzar.)

HOLOFERNES

¡Que encienda a los viejos, lasciva, la danza!

¡Mis ojos tan sólo se alegran al ver,

a un bote de lanza,

bajo mi caballo mi rival caer!

Sintiendo en la alfombra saltar vuestras piernas

me aburro y bostezo de desilusión,

como en sus cavernas,

ahito de carne, bosteza el león.

(Apura la copa y se la entrega al copero.)

RODOPIS (Arrodillándose cerca del lecho.)

¡Si el canto y la danza te causan agravios,

para tus caprichos, aquí están, señor,

mis brazos, mis labios,

mis ojos de llamas y mi seno en flor!

¡Píde lo que quieras! Cuanto tengo es tuyo...

¡Mas déjame, al menos, tus plantas besar,

pues será mi orgullo,

a tus pies, besándote, de amor expirar!

HOLOFERNES

¡No calmas las bascas de mi aburrimiento!

Amor, rosa fresca del camino es...

¡Se aspira un momento,

y al aire, marchita, se arroja después!

Y otra rosa..., y otra... Mas todas iguales...

El mismo perfume nos viene a embriagar...

¡En vez de rosales,

me gusta cabezas humanas segar!

Para el débil, fiestas, y para el guerrero,

los potros, las lanzas y el áureo jaez...

¡De vino, copero,

(Al copero.)

mi copa hasta el borde lléname otra vez!

(El copero vuelve a escanciar el vino y le entrega la copa.)

RODOPIS (Insinuante.)

Florece las rosas. Es la primavera.

El león sus hembras persigue... El amor,

de amor estremece la creación entera...

¿Por qué tu leona no buscas, señor?

HOLOFERNES

Amor aprisiona con frases melosas;

amor, aunque dulce, cautiverio es...

¡Podrán ser de hierros, mas nunca de rosas

serán las cadenas que opriman mis pies!

¡Más vino, copero! Amor embaraza,

agota el vigor...

¡Con menos trabajo que aquesta coraza,

del cuerpo y del alma me arranco el amor!

RODOPIS

Pero amor no huye. Es niño travieso

que adora el peligro... Mariposa loca

que vuela, sabiendo que muere en un beso,

a besar las vivas llamas de tu boca.

(La besa.)

HOLOFERNES (Apartánodla despectivamente.)

Aparta tus labios... Su contacto es frío

como el de un reptil.

¡Siempre el mismo beso nos produce hastío!

¡Deja que el león duerma solo en su cubil!

Sueña con su presa...

Despierta... ¡No intentes su sueño turbar!

¡Su boca devora todo cuanto besa,

y sus garras matan al acariciar!

RODOPIS (Aproximándose de nuevo.)

Si tus garras matan, aquí está desnudo

mi seno de nieve. ¡Qué mayor placer que, como el guerrero que muere en su escudo, presa entre tus brazos de amor perecer!

HOLOFERNES

¡Escancia más vino! Inventad, mujeres, caricias que puedan mis fiebres saciar. O nuevos dolores, o nuevos placeres... ¡Algo que me abrase y me hiele al par!

(Mirando a Rodopis mientras bebe.)

Tus brazos ebúrneos, tus hombros tan blancos que a su lado negros los armiños son; tus turgentes senos, tus mórbidos flancos, a mis rudos ojos dan la sensación de esas esculturas que de las riberas floridas de Grecia, hasta la amplitud de nuestras ciudades, traen nuestras galeras para que afeminen a la juventud. Eres sólo mármol, y me maravillo, mirando tu cuerpo labrado a cincel, como no levanta mi mano un martillo y ruda no abate tu torso con él, hasta que, deshechos por mis martillazos, tus miembros de piedra sintiese temblar, y al suelo saltasen, rotos a pedazos, igual que una estatua que cae de un altar. Déjame tranquilo; no me hables de amores... Pues, ¿cuándo ha podido soñar tu ambición, prendido por una cadena de flores, llevar de tus manos sujeto un león?

(La rechaza con violencia. Las cortesanas se refugian en un ángulo, temerosas de Holofernes.)

## ESCENA II

Dichos, EL HERALDO, VAGAO, CAPITÁN 1.º, CAPITÁN 2.º y capitanes.

VAGAO (Asomándose a la puerta.)

¡Señor! De Betulia regresa el heraldo, y tus capitanes se acercan con él.

HOLOFERNES

¡Déjalos que entren!

HERALDO (Entrando y arrojándose ante Holofernes.)

¡Señor!

HOLOFERNES

¡Habla pronto!

¿Qué respuesta dieron?

HERALDO

Os relataré.

HOLOFERNES

¡Basta de relatos! ¿La paz, o la guerra?

HERALDO

La guerra prefieren.

HOLOFERNES

¡Perros de Israel!

HERALDO

Al pueblo reunido, junto al viejo templo de sus falsos dioses, en tu nombre hablé; y me amenazaron sus manos crispadas, y más de una piedra rebotó en mi arnés.

HOLOFERNES (Alzándose violentamente.)

¡Puesto que lo quieren, saciaré en su sangre la sed que me abrasa! Haré demoler murallas y templos. Arderán sus casas, y luego sus campos de sal sembraré. Sobre sus escombros, para que el viajero por siempre recuerde mi inmenso poder, a cincel tallado, con letras de oro, un pilar de dura piedra erigiré que diga a los siglos: «¡Esta fué Betulia; a Holofernes quiso desobedecer... Tuvo templos, torres, miles de habitantes, y hoy tan sólo ruinas y sepulcros es!»

(Volviéndose a los capitanes.)

¡Basta, capitanes, de ocios vergonzosos; a vuestros soldados, prestos, disponed para la contienda, que mañana mismo a la lid de nuevo os conduciré!

¿No os causa vergüenza que tan gran ejército ante esas murallas detenido esté, y que ante un puñado de hombres retrocedan soldados que nadie vió retroceder?

CAPITÁN 1.º

¡Vamos al asalto!... Si tú nos conduces, ¿qué brazo a tu brazo se puede oponer?

CAPITÁN 2.º

¡ Aunque de Betulia fuesen las murallas  
más altas y firmes que el monte de Oreb,  
y las defendieran más hombres que arenas  
el *Simoun* arrastra, la verás caer,  
si tú nos conduces mañana al asalto,  
igual que una esclava rendida a tus pies !

HERALDO

¿ Qué peto resiste tus golpes de lanza ?  
¿ Qué poder iguala tu inmenso poder ?

HOLOFERNES

¡ El amor y el juego gangrenan las tropas...  
Mas juro que ahora remedio pondré !

(A las cortesanas, que tiemblan.)

¡ Viles cortesanas, no más a mis brazos  
con vuestros hechizos las fuerzas quitéis ;  
salid de mi tienda ; y si mis pupilas  
en ella a miraros llegan otra vez,  
haré que os azoten hasta que la sangre  
en chorros de púrpura bañe vuestra piel,  
o ese cuerpo inmundo, sujeto a la cola  
de cuatro caballos, descuartizaré !

(Salen medrosamente las cortesanas.)

¡ El león despierta ! ¡ Temblad, betulianos,  
que mañana mismo su rugido oiréis !

(A Vagao y a los esclavos.)

¡ Traedme mi casco de oro ! Ceñidme  
la espada más ancha y el más fuerte arnés !

(Los esclavos le ciñen la toraza, la espada y le dan el casco.)

¡ Escanciad, coperos, vino para todos !  
Las frágiles copas de plata romped.

(El copero se prepara a escanciar.)

¡ El guerrero, el vino lo bebe en su casco !  
¡ El vaso más digno de sus labios es !

(El copero escancia vino en los cascos.)

¡ Brindad por la guerra ! ¡ Brindad por la sangre  
que en Betulia vamos mañana a verter !

(Los capitanes alzan los cascos llenos de vino.)

CAPITÁN 1.º

¡ Por ti brindaremos !

HERALDO

¡ Porque pronto mires,

señor, a Betulia rendida a tus pies !

(Salen Holofernes y los capitanes.)

### ESCENA III

VAGAO y EL COPERO.

COPERO

(Viendo salir a Holofernes con su séquito de capitanes.)

¡ Cómo se marcha, Vagao !...  
Jamás le vi tan colérico...

Sus ojos arden en ira.

VAGAO

Razón tiene para ello,  
porque es baldón y vergüenza  
de cuantos ciñen acero  
que unas murallas tan débiles  
detengan tan grande ejército.

COPERO

¡ En diez años de combates,  
en los que fueron cayendo  
al pie de nuestros corceles  
tribus, ciudades y reinos,  
no hubo pueblo que tuviera  
la arrogancia de ese pueblo,  
que hace ya más de tres lunas  
que, al amparo de esos cerros  
y sus débiles murallas,  
paraliza nuestro esfuerzo !

VAGAO

Siempre son más peligrosos  
y dañan más al guerrero,  
que el enemigo de fuera,  
los enemigos de dentro.  
La indisciplina, el desorden  
y los vicios, son los nuestros.  
El juego, el amor y el vino  
hacen en el campamento  
más estragos que la peste...  
Son de Betulia el refuerzo,  
pues sin ellos estaría  
en nuestro poder ha tiempo,  
y ni aun cenizas quedarán  
de esos muros tan soberbios.

COPERO

(Bajando la voz con misterio.)  
Además, entre las tropas  
cunde la traición y el miedo,  
y a veces basta una chispa  
para causar un incendio.  
Castigó a Aquior Holofernes  
justamente; pero temo  
que, como el rey ammonita  
tiene súbditos y deudos  
entre nosotros, se trame  
alguna infamia en silencio.

(Bajando aun más la voz.)

Se dice que Oreb, su hermano,  
se prepara...

VAGAO

¡No le arriendo  
la ganancia! Cuando llegue  
Holofernes a saberlo,  
tendrá Oreb menos seguro  
sobre los hombros el cuello  
que si estuviese en el aire  
suspendido de un cabello.  
Además, Oreb, ¿qué gana?  
¡Si su hermano Aquior ha muerto  
descuartizado en Betulia,  
con la ayuda de los nuestros  
podrá aspirar a ceñirse  
la corona de su reino!

(Resuená un clamor de trompetas de guerra.)

COPERO

(Escuchando.)  
¿Oyes? Resuenan las trompas...  
¿Qué ocurre?

VAGAO

Vamos a verlo.  
Tal vez congregate Holofernes,  
para ultimar sus proyectos,  
a todos los valerosos  
capitanes de su ejército...  
Vámonos... (Se dispone a partir.)

COPERO

(Viendo dos copas llenas que han quedado cerca  
del trono.)

Bebamos antes.

VAGAO

(Tomando una copa y bebiendo.)  
A tu salud.

COPERO

Por ti bebo.

(Salen por la entrada que habrá cerca del trono.)

#### ESCENA IV

JUDITH y HEGLA (encubiertas), y MEGABIZES.

MEGABIZES

¡En mal hora llegáis al campamento!  
No medraréis en él, porque Holofernes  
—según he oído murmurar—acaba  
de echar de su recinto a las mujeres  
de vuestro oficio, y las que aquí mañana,  
por interés o por olvido queden,  
serán ahorcadas de esos viejos sauces  
que bañan su ramaje en la corriente.  
Y como así suceda, y de las ramas,  
como espantajos, vuestros cuerpos cuelguen,  
¡qué buen festín van a tener los buitres!...  
¡Muchos habrá que envidiarán su suerte!

JUDITH

¿Qué has encontrado en mí para que, osado,  
tu impúdico mirar me confundiese  
con esas meretrices que a la sombra  
de un bardal, o a la orilla de una fuente,  
al caminante, por un velo nuevo  
y un puñado de dátiles se venden?  
¡Mírame bien! (Descorriendo el velo.)

MEGABIZES

¡Cuanto mejor te miro,  
más incitante y bella me parecen!  
¡Jamás he visto rostro como el tuyo  
ni talle más gentil! Si no estuviese  
aquí, en la tienda de Holofernes... Vamos,  
que sería capaz, por poseerte,  
de vaciar en tus manos esta bolsa,

(Saca una bolsa de cuero con oro.)

aunque después que mendigar tuviese  
de senda en senda, como esos mutilados  
que al resonar los claros cascabeles  
de alguna caravana, aullando salen,

y mostrando las rojas hediondeces  
de sus llagas, la mano, al pasajero,  
bajo sus mantos haraposos tienden...

(Se aproxima a Judith.)

JUDITH (Rechazándole con un gesto.)

¡Apártate de mí, perro sarnoso!  
¡Calla tus torpes labios insolentes!

MEGABIZES

¿Porque soy un soldado me desprecias?  
¿Porque mi casco en el airón no tiene  
gallardas plumas, ni mi alfanje joyas,  
ni es de plata mi rudo coselete?  
¿Porque no visto púrpura ni seda,  
yacer conmigo en un bardal no quieres?  
¿Soy un viejo leproso? ¿Un etíope?  
¿Que es falso el oro de mi bolsa crees?  
Suspéndela en tus manos... ¡Toma y mira,  
y podrás por ti misma convencerte!

(Le entrega la bolsa. Judith retrocede.)

JUDITH

¡Mucho más que tus frases injuriosas  
la villanía de tu acción me ofende! (Le tira la bolsa.)  
¡El oro que a mis manos dan tus manos,  
mi desprecio a la cara te devuelve!

MEGABIZES (Recogiendo la bolsa y haciendo un esfuerzo para  
contenerse.)

¡Si aquí no te encontrases, buena pieza,  
ya sabría domar tus altiveces... (Se vuelve a acercar.)  
Vamos, refrena un poco tu soberbia;  
¡que ciudades más altas y más fuertes  
asaltó mi valor! Sé razonable... (Judith retrocede.)

JUDITH

Si a dar un paso junto a mí te atreves,  
auxilio pediré, o en tu garganta  
hundiré este puñal, si nadie viene.

(Coge un puñal de un trofeo.)

MEGABIZES (Retrocediendo ante la amenaza.)

¡Basta, basta, mujer! No quiero riñas...  
¡No me gusta reñir con las mujeres!  
En la tienda te dejo... y, ya lo sabes,  
a tu disposición mi bolsa tienes...

Que aquí te condujera Oreb me dijo...

Ya cumplí su mandato...

(Va a irse.)

JUDITH

¡Ven!

MEGABIZES

¿Qué quieres?

JUDITH

¡El hermano de Aquior!... ¿Tú le conoces?

MEGABIZES

¡Cómo no conocerlo, si es mi jefe!...  
Capitán más gentil no cifie espada  
ni cabalga guerrero más valiente.  
¿Lo conoces también?

JUDITH

¡No le conozco,

mas quiero y necesito conocerle!

MEGABIZES (Con ruda ironía.)

¡El tendrá más fortuna que yo tuve!...

JUDITH (Descubriéndose y mostrando un brazalete.)

¿Ves, soldado, este rico brazalete?

MEGABIZES (Asombrado)

¡Si llevas en tu cuerpo más tesoros  
que acumulados en sus arcas tiene  
Nabucodonosor en Babilonia!

JUDITH

Pues bien: tuyo será si me prometes  
decirle que Aquior...

MEGABIZES (Con ansiedad y misterio.) ¡Habla más bajo,  
que peligrar nuestras cabezas pueden!

¿Has visto a mi señor? ¿Aun vive?... Habla.

JUDITH (Mostrándole el anillo de Aquior.)

¿Conoces este anillo?

MEGABIZES

Lo vi siempre  
en sus dedos... ¡Oh, deja que la mano  
que ahora lo lleva, arrodillado, bese!

¿Aun vive?

(Cae de rodillas y le besa la mano.)

JUDITH

Y vivirá, si tú me ayudas.

MEGABIZES (Alzándose.)

¡Fiel seré a mi señor hasta la muerte!  
Y si todos sus siervos y soldados  
pensasen como yo, vería el jefe  
del ejército asirio cómo vengan  
los nobles ammonitas a sus reyes.  
¡Cobardes y cobardes! Yo diría  
al general: — ¡Si tú no nos devuelves

nuestro señor, alzamos las banderas en contra tuya!— En vano Oreb se enciende de rencor y de rabia, y llora y gime, y de ira y de furor los puños muerde...  
¡Todos dicen que aguarde!

JUDITH (Ansiosa, en voz baja.) Escucha..., escucha.  
De parte de su hermano marcha a verle;  
dí que viste este anillo, y confiada vengo a su brazo. Porque no sospechen, que me siga en la sombra vigilante, y que en ella mis órdenes espere.  
Tú podrás avisarme cuanto ocurra.  
¡Yo te juro, si el cielo me protege, salvar la vida de Aquior..., vengarle!

MEGABIZES (Saliendo.)  
¡Cuando cumpla tu encargo, aquí me tienes!

### ESCENA V

JUDITH y HEGLA.

JUDITH (Desfallecida.)  
Esclava, estoy temblando... Tengo miedo.

HEGLA  
¿De qué, señora, dí?

JUDITH De todo cuanto me cerca, de mí misma. Me da espanto mi propia voz. Y en mi camino cedo sin fuerza, sin valor, de tal manera, que si al correrse la tapicería Holofernes ahora apareciera, de miedo ante sus plantas moriría.

(Tendiendo los brazos al cielo.)  
¡Ampárame, Señor, no me abandones!  
Sostén mis fuerzas y mis pasos vela...  
¡No dejes que perezca tu gacela en esta madriguera de leones!

HEGLA  
No hay remedio. Procura serenarte.  
Ten, Judith, confianza en tu destino...  
Si el mismo Dios te señaló el camino,  
¿cómo podrá al final abandonarte?

JUDITH (Como si viese lo que describe.)  
Salimos de Betulia. Sonreían los niños en los muros. Los ancianos, tendiendo al cielo, en la oración, las manos, mi frente, silenciosos, bendecían.  
Y entonces, al mirar enloquecido mi pueblo por el hambre y por la guerra, ¡capaz mi corazón hubiese sido del mayor sacrificio de la tierra!  
Mas al mirar borrarse con la tarde la ciudad, flaquearon mis rodillas, y una lágrima, trémula y cobarde, surcó la palidez de mis mejillas.

(Estremecida de horror.)

Después... ¡de miedo el corazón estalla!  
¡El campo atravesamos, espantando a los cuervos que estaban devorando el sangriento festín de la batalla!  
¡Qué horror! ¡Qué horror! Cadáveres, heridos que agonizan de sed, carros volcados, juramentos, blasfemias y gemidos, y un galopar de potros desbocados.  
Todo pasó en sangrienta pesadilla...  
¡Y la primera estrella fulgurante que en un charco de sangre tiembla y brilla como en manto de púrpura un diamante!  
Al rodar de los carros retumbaba la cóncava montaña. Parecía que la bóveda azul se desplomaba y la tierra de pánico se hundía...  
¡Aquel olor a sangre! ¡Aun lo respiro en mi ropa, en mis manos y en mi aliento!...  
¡Todo a mi alrededor, Hegla, lo miro como a través de un velo muy sangriento!  
Me desmayé... ¿Recuerdas? La primera patrulla nos detuvo...

HEGLA En tal instante enmudeció tu voz, y tu semblante tomó una mustia palidez de cera.

JUDITH  
A sus jefes mis joyas deslumbraron,  
y quisieron los dos hacerme suya.

Las espadas, furiosos, desnudaron...  
 Mas llegó, por fortuna, otra patrulla;  
 su capitán, valiente, se interpuso  
 entre los dos rivales cuando, fieros,  
 iban a acometerse los aceros,  
 y conteniendo su furor dispuso  
 que un soldado a esta tienda nos trajera,  
 atravesando el campamento, para  
 que Holofernes en ella me entregara  
 a aquel que su capricho decidiera...

(Pausa. Tendiendo los brazos al cielo.)

¡ Señor, dame valor!

HEGLA Es tiempo. Huyamos...  
 Protegerá la noche nuestra huida...  
 ¡ Vamos pronto, señora!

JUDITH ¿ Dónde vamos,  
 si la espada nos cierra la salida?

HEGLA ¿ Qué vas a hacer?

JUDITH (Recuperando la energía.)

Desafiar la suerte  
 y ser conmigo misma inexorable...  
 ¿ Por salvar esta vida miserable,  
 mi pueblo voy a condenar a muerte?  
 ¡ De los asirios nunca será esclavo!...

(Alzando el puñal.)

¿ Ves el puñal que al aire se levanta?  
 ¡ Al entrar Holofernes se lo clavó  
 hasta la guarnición en la garganta!

(Esconde el puñal.)

HEGLA  
 ¿ No temes que después la turba fiera,  
 ansiosa de vengar su sangre, vaya  
 a Betulia y no deje ni siquiera  
 una piedra segura en la muralla?

### ESCENA VI

Dichas; ASSUR, SHARAZER y CAPITANES.

CAPITÁN (Señalando a Judith.)

¡ Allí la tenéis!

SHARAZÉR (Señalando a Judith.)

¡ Aquí la tenemos!  
 Sobre estos escudos vamos a jugar  
 la cautiva. Todos el juego veréis...  
 ¡ Aquí, capitanes, los dados están!

(Tiende el escudo y sobre él los dados. Se disponen a jugar.)

¡ Juguemos! ¡ Juguemos!

ASSUR Antes de jugarla,  
 tengo que advertiros que yo la apresé.

SHARAZÉR Mi mano primero desgarró su túnica...

Dílo tú, cautiva... (A Judith.)

JUDITH Señor, no lo sé.

SHARAZÉR ¿ Qué tú no lo sabes? En la encrucijada,  
 ¿ quién te ha dado el alto? Vamos, dílo, ¿ quién?

ASSUR ¿ No fui yo? Contesta...

JUDITH Señor, no recuerdo.

SHARAZÉR Yo rasgué tu manto.

ASSUR Yo tu velo alcé.

SHARAZÉR ¿ Tampoco recuerdas?

ASSUR ¿ Eres muda?

SHARAZÉR ¡ Habla!

UN CAPITÁN VIEJO  
 ¡ Dejadla que hable! Responde, mujer.

JUDITH  
 Tan sólo recuerdo que entre los soldados  
 que me detuvieron a los dos hallé.  
 ¡ Que los dos quisisteis desgarrar mi túnica,  
 y a los dos, en vano, piedad supliqué!

CAPITANES (Interviniendo.)  
 ¡ Jugadla! ¡ Jugadla!

SHARAZÉR Que rueden los dados,  
 y a aquel que le toque, se la lleve.

(Se dispone a tirar los dados.)

ASSUR ¡ Bien!

La partida acepto. ¡ Nos la jugaremos,  
 pero ya os he dicho que yo la apresé!

SHARAZÉR (Levantándose.)

¡Mientes!

ASSUR (Cogiendo por un brazo a Judith.)

¿Que yo miento?... ¡Pues ahora es mía!

SHARAZÉR

¡Por Baal te juro que mía ha de ser!

ASSUR (Desnudando la espada.)

¡Ven por ella! Anda... Mas mi acero empuño,  
y puedes, si avanzas, tropezar con él.

SHARAZÉR (Desnudando la espada y disponiéndose a acometerle.  
Los capitanes se interponen.)

¡Puesto que lo quieres, con el mío ahora  
la esclava y la vida te arrebataré!

CAPITANES

¡Qué hacéis! Deteneos...

ASSUR (Desafiante.)

¡Llega..., si te atreves!

CAPITÁN VIEJO

¡Que dos hombres riñan por una mujer...!

(Van de nuevo a acometerse, cuando aparece Holofernes.)

### ESCENA ÚLTIMA

Dichos; HOLOFERNES, VAGAO, COPERÓ y soldados. Los combatientes permanecen en un ángulo, con Judith y los capitanes.

HOLOFERNES (Entrando y fijándose en los dados.)

¡Fuera, tahures, donde yo no os vea!

¡Qué nobles ejemplos dais a los soldados!

¡Los escudos sirven para la pelea,  
pero se deshonran jugando a los dados!

¡Así mis mandatos respeta el guerrero!

Para hacer al juego también los honores,  
sobre los escudos jugarme ahora quiero  
las torpes cabezas de los jugadores!

(Todos permanecen inmóviles cerca del trono.)

Decidme: ¿qué pasa? ¡Aceros desnudos  
y en mi propia tienda!...

Los dados tirados sobre los escudos...

¿Qué mala jugada movió la contienda?

¿Qué os pasa, guerreros? Decid: ¿qué tenéis?

Entre vuestras manos tiemblan las espadas...

¿Lo que habéis perdido al juego queréis  
ahora, capitanes, ganar a estocadas?

Decidme: ¿qué os pasa? Hablad. ¿Estáis mu-  
[dos?

Assur, ¿qué murmuras? Sharazér, ¿qué rezas?

¡Lo mismo que hago con vuestros escudos  
haré, si me place, con vuestras cabezas!

(Da un puntapié a los escudos y los arroja en medio de la es-  
cena.)

SHARAZÉR (Balbuciente.)

Cuando al campamento de la lid volví  
a esta cortesana hice prisionera.

Que era presa suya Assur pretendía...

HOLOFERNES

¡Que dos hombres riñan por una ramera...!

SHARAZÉR

Para evitar riña todos convinimos

a la prisionera jugar a los dados...

¡A hacerlo negóse Assur... y reñimos!

HOLOFERNES

¡Que por una hembra riñan dos soldados...!

¿Tan poco oro queda en vuestra escarcela?

¿Vendisteis las armas? ¿Tan pobres estáis,

cuando por las joyas de una mujerzuela

vuestra noble sangre verter intentáis?

¿Se rindió Betulia? ¿Ya no hay enemigos?

¿Ya no quedan muros que asaltemos, fieros,

cuando así queréis en pechos amigos

probar la firmeza de vuestros aceros?

Si anhelan mujeres vuestras mocedades;

si el amor ardiente os quema en sus llamas,

mujeres tenéis en esas ciudades

donde aun no flotaron nuestros oriflamos!

¡Ganadlas con vuestras espadas gloriosas!

Mañana en Betulia las tendréis más bellas,

porque sus mujeres son las más hermosas

que danzan amores bajo las estrellas!

¡Betulia sus ricos fragantes harenes

a nuestros alfanjes abrirá mañana!

ASSUR (Adelantándose.)

¡Señor, un instante que escucharnos tienes!

La cautiva es una joven betuliana.

La apresó esta mano, y me corresponde,  
según nuestras viejas costumbres de guerra...

SHARAZÉR (Interponiéndose.)

¡La presa fué mía!

HOLOFERNES (A Judith, que permanece inmóvil arrebujada en su manto.) ¡Cautiva, responde!

¿Quién te ha aprisionado?

JUDITH (Temblando.) (Su mirar me aterra.)

HOLOFERNES (Acercándose a Judith, que tiembla de espanto.)

Vamos, habla pronto. Dime quién ha sido...

JUDITH (Temblando.)

Los dos me apresaron...

ASSUR Mas yo fuí el primero.

SHARAZÉR

No; fuí yo...

HOLOFERNES ¡Callaos! (Imperiosamente.)

JUDITH (De rodillas.) ¡Comasión te pido,  
señor, de rodillas! (Al arrojarse se le cae el puñal.)

HOLOFERNES (Reparando en el puñal.)

Mas ¿por qué ese acero,  
cautiva, escondías bajo tu vestido?

JUDITH (Procurando disfrazar su turbación.)

Señor, ese acero mi mano guardaba  
para libertarme de mi negra suerte...

(Volviéndose a los capitanes.)

¡Nunca, capitanes, seré vuestra esclava,  
porque al cautiverio prefiero la muerte!

HOLOFERNES (Contemplándola con admiración.)

¡Bravo arranque! ¡Alza, que mirar anhelo  
si eres bella como eres arrogante! (Judith se alza.)

¡Si no lo levantas, rasgaré tu velo,  
que estoy impaciente por ver tu semblante!

JUDITH (Timidamente, alzando el velo.)

Puesto que lo ordenas, mi velo levanto.

(Holofernes queda extático contemplándola.)

HOLOFERNES (Acercándose más aún.)

Eleva, orgullosa, tu altiva cabeza...

¡Despoja tu cuerpo del peso del manto!

(Judith se despoja del manto, que cae al suelo, y aparece en todo el esplendor de su belleza.)

Jamás vi belleza como tu belleza.

(Pequeña pausa. Se aproxima y le coge una mano.)

¡Por una mirada  
de tus negros ojos,  
yo diese mi espada,  
mi arnés, mis corceles y mis elefantes,  
mi casco de guerra,  
y todas las joyas, perlas y diamantes  
que en sus camarines Babilonia encierra!  
¡Tu cautivo fuera  
si me encadenases con tu cabellera  
en la cárcel rosa  
de tus senos bellos!  
¿en dónde se alzan tus altares, diosa,  
que a mis propios hijos te inmolaré en ellos?

JUDITH (Con timidez.)

No soy cortesana.

Yo soy una pobre mujer betuliana  
que huyó de Betulia. Buscando un seguro,  
a tu noble tienda, señor, he venido...

¡Paloma asustada que regresa al nido  
y rama de hiedra que busca su muro!

¡Préstame tu amparo, calma mis afanes,  
si no quieres verme, ¡oh noble guerrero!,  
morir en las garras de los gavilanes  
o aplastada bajo los pies del viajero!

¡Mi señor, escucha!...

De Betulia he huído... En ella no quedan  
recursos, ni armas, ni brazos que puedan  
los nobles aceros blandir en la lucha.

¡A Dios olvidaron mis torpes hermanos,  
y Dios sus castigos ha puesto en tus manos!

Ayer, combatiendo, cayó muerto Ozías;  
su brazo el apovo de Betulia era...

Sobre sus murallas, antes de tres días,  
verás a los vientos flotar tu bandera.

¡Ahórrate la sangre de bravos guerreros,  
que los betulianos no son digna presa

de vuestros aceros!

¡En la guerra cesa:

Al león, leones, pero no corderos!

¡Que envaine la espada tu brazo bizarro!...

¿Para qué batirlos, si antes de tres días,

entre aclamaciones, por sus amplias vías  
tronarán las áureas ruedas de tu carro?

HOLOFERNES (Acercándose a ella.)

¡ Mis ojos bendigo  
porque te han mirado !  
¡ Mujer de Betulia, te quedas conmigo !  
¡ Serás a mi lado  
la flor más preciada,  
la más noble ofrenda,  
el botín más rico que guarde mi espada  
bajo el rojo y áureo dosel de mi tienda !  
¡ Vosotros, guerreros,  
que con los aceros  
os la disputáis,  
como los tesoros  
de un rico y espléndido botín dos bandidos  
si tan sólo ansiáis  
las gemas, los oros  
que adornan y esmaltan sus nobles vestidos,  
aquí los tenéis ! A jorcas, diademas,  
áureos brazaletes, collares de gemas...  
¡ De los dos es todo !... También repartíos  
— ¡ oh bravos soldados ! —  
la túnica egregia que, con sus bordados  
y sus atavíos,  
encubre el misterio  
de sus formas bellas, como dos rivales  
monarcas que parten en trozos iguales  
el manto de púrpura de un glorioso imperio !

(Durante esta relación va despojando a Judith de todas sus joyas y se las entrega, las de la derecha, a Assua, y las de la izquierda, a Sharazér. Al final desgarró la túnica y arroja sus pedazos a los dos guerreros, envolviéndola en su propio manto.)

¡ La paz reine en todos ! ¡ Cesó la querella !  
Fué en vano el estruendo de vuestra porfía...  
Las joyas son vuestras... La mujer es mía...  
¡ Y ahora, quien se atreva, que venga por ella !

(Toma en sus brazos a Judith y descorriendo la cortina del fondo, se dispone a llevársela, mirando fieramente a los capitanes.)

TELÓN RÁPIDO

FIN DEL ACTO SEGUNDO



## ACTO TERCERO

Reposorio de Holofernes. Al foro, una cortina de púrpura, franjeada de oro, que al descorrerse dejará ver la decoración del acto anterior, fastuosamente alhajada para un festín. A la izquierda, en primer término, una puerta que da al campo; a la derecha, otra puerta más pequeña, cubierta por un rico tapiz. Al lado de ésta un pilar de bronce, y cerca del pilar, cubierto por ricos cortinajes de púrpura, formando un pabellón cuadrangular, el lecho de Holofernes. Una lámpara de plata arde cerca del pilar iluminando la escena. Arnéses de guerra. Pielés de tigres y leones por todas partes. Tapices con asuntos bárbaros de caza y guerra. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

HEGLA y MEGABIZES, conversando con recelo junto a la puerta de la izquierda.

HEGLA

¿ Vienes de la ciudad ?

MEGABIZES

En este instante

acabo de llegar.

HEGLA

¿ Qué te dijeron ?

MEGABIZES

Nuestro plan les expuse, cuando todos, desesperados ya, faltos de alientos, a abrir las puertas al asirio estaban para rendirse a discreción dispuestos. Dudaron de Judith.

HEGLA

¿ Por qué ?